

Tu mente extiende
cheques que tu cuerpo no
puede pagar **Óscar Aibar**



Bebiendo de fuentes tan diversas como Stevenson, Chéjov, Raymond Carver, los cómics de superhéroes, las películas de navajeros o las aventuras de Gabi, Fofó y Miliki (una generación de payasos que son señas de identidad para dos generaciones de españoles), este libro, de perfume almodovariano, se caracteriza por contar historias de una manera directa y penetrante con una estética muy próxima a películas como *El día de la Bestia* o *Torrente*. Un humor ácido, provocador e inteligente que nos contagia y seduce desde la primera a la última página.

Historias de nuestro tiempo con temas y personajes de nuestro tiempo y para lectores de nuestro tiempo. El mundillo del cine, de las grandes estrellas de las revistas del corazón, dinero fácil, la búsqueda del éxito a toda costa, la fama como exigencia, drogas cotidianas y menos cotidianas. Un retrato trepidante de los años noventa, en los que todo parecía estar permitido. Un descubrimiento.

Uno de los autores más interesantes de una generación que se encontró la transición hecha, que no se siente ni progre, ni jasp, ni yuppy, pero que sabe muy bien lo que quiere.

*¿Quieres tú solo permanecer sereno
entre los borrachos? ¿Y con qué resul-
tado? Con el de parecerles a ellos el
único borracho.*

WIELLAND

Sex Mex

David y Borja nunca hubiesen imaginado que Damián Alcázar viviera en un barrio así. No conocían Madrid (éste era su segundo viaje a la capital) pero habían oído hablar de esas urbanizaciones de lujo como La Moraleja o Somosaguas, donde vive la gente del mundo del espectáculo.

Aquello no tenía nada que ver.

Un gitano que conducía un carro tirado por un asno les indicó por fin la dirección. Estaban junto a la autopista, al otro lado de un cochambroso grupo de bloques de cemento gris. Les fue muy difícil encontrar la calle porque no había calle. La calle era un grupo de chabolas diseminadas sin orden aparente en un descampado, frente a un vertedero.

La casa de Damián Alcázar era una antigua cuadra ampliada con un par de estancias, que habían sido construidas a base de ladrillos robados, somieres, uralita y todo tipo de desechos industriales.

Como no encontraron nada parecido a un timbre, David y Borja golpearon discretamente la puerta con los nudillos. Lo intentaron varias veces, pero no obtuvieron ninguna respuesta. Para ellos era desesperante, venían desde tan lejos. Damián no había contestado a ninguna de sus innumerables cartas. Incluso le habían enviado cinco telegramas. Si por lo menos dispusiese de un contestador automático. Aunque, en vista de las circunstancias, era muy probable que aquel hombre ni tan siquiera tuviese agua corriente.

Pero ellos estaban allí, después de seis horas de autocar y de haberse pateado casi toda la periferia de Madrid.

Empujaron la puerta. Estaba abierta.

Entraron. El interior de aquel lugar superaba con creces lo que ellos, acostumbrados a su pintoresca y pija ciudad cantábrica, tan sólo habían podido ver en aquellas antiguas películas del neorrealismo italiano que les pasaban en la escuela de cine. La basura se agolpaba por todas partes, reclamando un espacio que le era negado por decenas de viejos electrodomésticos, chatarra de todas clases y toneladas de cartón.

David señaló hacia una esquina donde se amontonaban algunas latas de celuloide. Borja sonrió, sin duda estaban muy cerca de él.

Entonces, de repente, oyeron una voz en el interior de la cuadra.

—¿Quién coño anda ahí?!

—¿Damián Alcázar? —preguntó Borja con voz trémula.

Un hombre apareció rascándose la entrepierna. Tenía unos sesenta, la barba amarillenta y el pelo grasiento y descuidado. Vestía unos raídos pantalones militares y una camisa que un día fue blanca. Estaba descalzo.

—¡Me tenéis hasta los cojones, os tengo dicho que la droga es en el otro poblado, detrás del vertedero!

—¿Dro-droga? —balbuceó David.

—¿Tenéis un cigarro?

—No, lo siento, no fumamos. ¿Es usted Damián Alcázar? —dijo Borja.

—Eso depende.

—Le estamos buscando desde hace más de un año.

—¿Ah, sí?

—Creemos que es usted uno de los directores de cine más grandes que ha habido nunca en este país.

En ese momento, el hombre se puso a dar saltitos, intentando esquivar en el suelo algo que los chicos no podían ver.

—¡Cucarachas, jodidas cucarachas, están por todas partes!

David y Borja se miraron sin saber cómo reaccionar. Uno de ellos se arrancó por fin.

—Señor Alcázar, nosotros formamos parte de la dirección del festival internacional de cine que cada año se organiza en nuestra ciudad. Queremos proyectar algunas de sus películas en una muestra retrospectiva. Se le entregará el premio de honor. El cine español le hará por fin el homenaje que se merece.

—Un momento, voy a ponerme los zapatos o esos asquerosos bichos acabarán conmigo.

El hombre se metió de nuevo en la cuadra y apareció con una pantufla en el pie izquierdo y con una bota de fútbol en el derecho. Luego se puso a apilar cartones.

—Como es natural, el festival asume todos los gastos. Billetes de avión en primera, hotel de cinco estrellas y una pequeña cantidad para las dietas.

—Le podemos dar cien mil pesetas, señor Alcázar —insistió David ante la indiferencia del hombre.

Damián Alcázar se volvió. Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Cien mil pesetas?

Los jóvenes asintieron.

—¿Ahora?

David y Borja volvieron a mirarse.

—Bueno, no es lo normal, pero podemos darle una parte como adelanto.

—¿Cuánto? —preguntó el hombre.

—No sé, supongo que la mitad, cincuenta mil. Le puedo extender un cheque y...

—No me gustan los cheques.

Los chicos tuvieron que cruzar de nuevo la autopista para buscar un cajero automático. Cuando volvieron, Damián estaba dormido junto a un *tetrabrik* de vino. Lo despertaron.

ron y le metieron el dinero en un bolsillo, prometiéndole que en un mes un mensajero le traería los billetes de avión.

David y Borja no las tenían todas consigo cuando fueron a recoger a Damián Alcázar al aeropuerto. No estaban muy seguros de que aquel hombre llegara en el vuelo previsto. No tenían muy claro si un cerebro como aquél podía encontrar el aeropuerto de su ciudad y ni tan siquiera si podía llegar a recordar que había quedado con alguien.

Estaban nerviosos, además, porque habían dado su palabra a todo el mundo: a la prensa, al director del festival y al público.

Llegó la hora y los pasajeros del vuelo de Madrid salieron por la puerta de la terminal de vuelos nacionales. Ni rastro de Damián. Los chicos empezaron a pensar en las consecuencias. Era muy posible que los echaran del comité organizador. Serían el hazmerreír de todo el mundo.

Entonces apareció. Se abrieron las puertas automáticas y Damián Alcázar salió empujando esforzadamente un carrito de la compra con ruedecitas. David y Borja se lanzaron hacia él entusiasmados, incluso uno de ellos le abrazó.

—Bueno, ya estoy aquí —dijo.

—No sabe la alegría que nos da. Pensábamos que no iba a venir. Por un momento hemos creído que...

—Me debes cincuenta mil, chaval.

—Claro, sí. Luego en el hotel lo arreglamos todo. Ahora nos está esperando un chófer. Deje que le ayude con esto. Cómo pesa, ¿qué lleva dentro? —le preguntó Borja intrigado.

El hombre abrió el carrito. En él había seis grandes latas de celuloide.

—He venido a un festival de cine, ¿no?, pues he traído mi última película.

—¿Su última película? Vaya, no teníamos ni idea de...

—Será toda una sorpresa para todos —intervino David.

—Sí... esto... claro. ¿Cómo se llama? —preguntó de nuevo Borja.

—¿Cómo se llama el qué?

—La película.

—Ah sí, se llama *Sex Mex* —dijo Damián.

—Es un buen título, muy sugerente —intervino Borja.

—Sí, sí, ¿podemos beber algo?

—¿Aquí, en el aeropuerto? ¿No sería mejor esperar a que lleguemos al hotel?

—No, quiero tomar algo ahora.

Después de un rápido viaje al bar lo metieron en el coche. Por el camino le pusieron al tanto del programa de actividades y David le entregó un ejemplar del libro del festival, en el que venía un estudio completo sobre Damián Alcázar, así como toda su filmografía. El chico, orgulloso, le señaló las páginas pertinentes, que él mismo había redactado con la ayuda de Borja.

Damián cogió el panfleto mientras se preguntaba si aquellos muchachos tan relamidos serían o no maricones. Se vio incapaz de leer los grandes párrafos, así es que se dedicó a la filmografía, que estaba más espaciada. Empezaba diciendo que Damián Alcázar (hacía mucho tiempo que Damián no leía su nombre escrito) había dirigido veintinueve películas entre 1969 y 1982. Leyó los títulos y los reportos, pero apenas pudo recordarlos. En realidad no podía recordar prácticamente nada de aquellos años. El alcohol los había borrado como el agua del mar borra los dibujos hechos en la arena de la playa. *Desfloración de una adolescente*, *Yonquis*, *Fuego entre las piernas*, *Diario personal de una monja* o *Motín en la cárcel de mujeres* eran tan sólo ecos borrosos y lejanos de palabras muy antiguas. Tal y como ponía allí, Damián había dirigido su última película, *Los porreros*, hacía casi veinte años, y eso era mucho tiempo.

Pero Damián no era tonto. Puede que fuese un borracho, pero no era tonto. Sabía que todas aquellas películas no eran más que basura. Él nunca se había tomado el cine

en serio, ni siquiera se lo había planteado. Lo único que podía recordar es que durante aquellos años se había dejado llevar por la inercia. Una película le había llevado a otra. Él nunca pudo elegir, ni tan siquiera lo intentó. Jamás leyó un guión antes de un rodaje. El productor le soltaba la pasta y él rodaba lo más rápido posible, sin más. Películas vehículo para grupos de pop infantil o para famosos de medio pelo, subproductos eróticos durante el *boom* del destape, porno blando o porno duro, historias de navajeros y drogadictos para los cines de barrio, le daba igual, él hacía su trabajo y vivía la vida a tope. Le vinieron a la cabeza escenas de orgías en una casa amplia y luminosa. Mujeres desnudas bailando en su habitación y drogas, muchas drogas. Su mente retenía apenas imágenes vagas de fiestas desenfundadas y de un señor de Valladolid (del que no recordaba el nombre) haciendo un *strip-tease* sobre una mesa llena de bandejas de marisco y coca. Incluso pudo recordar algunos rostros de gitanillos y chaperos. Sí, Damián creyó recordar que había sido homosexual durante algún tiempo, aunque no estaba muy seguro. No estaba muy seguro de nada. Estaba convencido de que sus películas no eran más que mierda, sí, pero tampoco lo estaba del todo. No absolutamente del todo. Damián Alcázar tenía una idea al respecto que le rondaba desde hacía muchos años, una idea loca y descabellada que le obsesionaba en sus breves momentos de lucidez. Quería liberarse de ella y por eso estaba allí. Por eso y por sus cincuenta mil pesetas.

Le dijeron que podía tomar lo que quisiera gratis, así es que Damián se instaló en el bar del hotel. Pasó allí casi todo el día, incluso durmió unas horas sobre la barra. Los ronquidos molestaron mucho a los camareros y al pianista, que no pudieron hacer nada al respecto. La dirección del hotel les había dado instrucciones de tratar a aquel hombre como a un emperador romano. Además, olía muy mal. Sólo

un matrimonio de alemanes consiguió resistirlo, pero se fue poco más tarde, cuando Damián se orinó encima, chorreando sonoramente desde la altura del taburete.

David y Borja aparecieron al anochecer acompañados por Héctor Satrústegui, el director del festival. Éste presentó sus respetos al invitado de honor y le preguntó acerca de *Sex Mex*. Damián le contestó simplemente que era lo mejor que había hecho nunca y que quería que se proyectase en el festival. El señor Satrústegui sugirió la posibilidad de visionar la película antes del pase público, pero Damián se negó en redondo a sacar las latas de su habitación. Dijo que aquello formaba parte de la sorpresa. Todo el mundo vería *Sex Mex* una sola vez. Después quemaría la cinta y volvería a la pocilga de donde lo habían sacado.

Satrústegui se frotó las manos ante la posibilidad de presentar aquella primicia ante la prensa. Sin duda aquello también sería un buen reclamo para el público, que se daría de bofetadas por presenciar un evento irreplicable. Asimismo pensó en los patrocinadores y en sus amigos de la política, que acudirían como moscas, atraídos por el morbo. Se dieron la mano y fijaron la proyección para la gran gala de clausura, tres días más tarde.

Durante todo el día siguiente Damián durmió profundamente en su habitación, levantándose tan sólo para vaciar el mueble-bar. Por la noche bajó al comedor donde se ofrecía a los invitados un succulento bufet libre con todo tipo de manjares. Ante las miradas estupefactas de los comensales, se llenó los bolsillos de canapés, langostinos y codornices asadas, y después volvió a su habitación.

Para suplicio de los empleados, Damián Alcázar decidió regresar al bar del hotel en su tercera jornada en el festival. Pasó unas horas bebiendo como si nada hasta que por la tarde volvieron a aparecer David y Borja acompañados por

un señor alto y calvo, más o menos de la misma edad que él.

—Ah, Damián, está usted aquí. Le hemos buscado por todas partes. Le traemos una gran sorpresa —dijo David.

—Nos ha costado encontrarle, pero por fin lo hemos conseguido. Bueno, ahora les dejamos solos. Tendrán mucho de que hablar —añadió Borja.

Los dos muchachos sonrieron maliciosamente y se fueron, dejando al señor calvo de pie frente a Damián.

—Hola, Damián, ¿cómo estás?

—Muy bien.

—Soy yo, Tedy Carrasco. ¿No me digas que he cambiado tanto? Debería haberme traído el peluquín, ¿puedo sentarme?

—¿Tú también estás invitado en lo del festival?

—Sí.

—Entonces puedes pedir lo que quieras. Gratis.

—¿De verdad no sabes quién soy, Damián?

Damián echó un trago y se puso a jugar con las pajitas de plástico como un niño autista.

—Ya veo, estás de cachondeo, como siempre. He venido para lo de tu homenaje. Debo de ser el único de tus protagonistas que han podido encontrar. Parece mentira, pero hicimos cinco películas juntos... hace ya tanto tiempo... ¿cuánto habrá pasado desde...?

—Lo siento, pero no me acuerdo. No puedo recordar casi nada de entonces. Es por el alcohol, supongo.

Tedy comprendió y dejó pasar unos minutos sin decir nada. Luego se animó de nuevo.

—Me han dicho que vas a presentar una nueva película. Eso es fantástico, Damián. ¿Cómo era el título...?

—Sex Mex.

—Ah sí, es un buen título. ¿La acción transcurre en México?

—No. Se me ocurrió de repente. Es uno de esos títulos modernos que se llevan ahora.

—Ya.

Pasaron otros minutos en silencio.

—¿A quién has llamado para el reparto? Ahora hay gente joven muy preparada.

—Sale todo el mundo.

—Ya. ¿Y qué me dices del rodaje, cuántas semanas? Antes tenías fama de ser el más rápido, los eléctricos te llamaban «el cagaleches».

—Esta vez ha sido diferente. He tardado mucho tiempo, casi toda una vida.

—Ya.

—Oye, ¿cómo has dicho que te llamas?

—Soy Tedy, coño.

—Oye, Tedy, tú no pareces gilipollas, como los demás...

—Hombre, muchas gracias.

—Tú sabes que lo mío, mis películas, son una puta mierda sin excepción.

Tedy abrió un paquete de tabaco, tomó un cigarrillo y lo encendió.

—Las cosas han cambiado mucho desde entonces, joder. La gente joven ve las cosas de otra manera. A lo mejor, lo que a ti y a mí nos parece una mierda, a ellos les parece la hostia. Y no me preguntes por qué. Yo tampoco lo entiendo. Yo ya no sé lo que es bueno y lo que es malo. Cuando se llevan tantos años en este oficio uno pierde un poco el norte, sabes. Además, he comido tanta basura que he perdido el gusto. Ya no tengo paladar, Damián.

—Eso son tonterías. Todo lo mío es una mierda, yo lo sé, tú lo sabes y todo el mundo lo sabe. Pero déjame que te cuente algo, una cosa de la que nunca he hablado a nadie...

Tedy Carrasco aplastó la colilla en el cenicero mientras Damián apuraba una enorme copa de coñac.

—... Verás, he pensado mucho en mis películas. No las recuerdo, quiero decir que he olvidado los argumentos, los escenarios y esas cosas, pero hay algo en todas ellas que

vale la pena: de las ciento y pico secuencias que tiene cada una de ellas, una por lo menos está bien. No me preguntes por qué, pero en el rodaje de todas las películas hubo uno o dos días en que me lo tomé en serio, en que quise hacerlo bien. Siempre, cuando volvía a verlas, las abominaba. Pero recuerdo que en todas ellas había un momento bueno, bien filmado, bien interpretado, bien iluminado y bien montado.

—Dicen que no hay libro tan malo que no contenga algo bueno —añadió Tedy.

—Puede que sea eso, sí, puede que sea eso.

El viejo director pidió otra copa al camarero.

—Bueno, he de irme, Damián. Estoy cansado y tengo sueño. Nos veremos mañana, en la gala.

—¿En tu habitación hay cucarachas? La mía está llena de cucarachas. Se lo he dicho a todos, pero esos hijos de puta no me hacen caso.

La noche siguiente David y Borja alquilaron un esmoquin para Damián, le ayudaron a vestirse y lo llevaron al gran auditorio, donde todo el mundo le esperaba. El director recorrió el tramo de moqueta roja de la entrada cegado por los flashes de los fotógrafos.

Cuando entró en el patio de butacas, todo el público se puso de pie y lo recibió con un largo aplauso. Mientras lo acompañaban hasta su asiento, Damián alzó la mirada por unos instantes para observar a la gente. Centenares de pingüinos y de focas sobremaquilladas le observaban sonrientes mientras hacían sonar sus joyas.

Mientras tanto, David sacó las latas de celuloide del maletero del coche que los había traído y las subió a la cabina de proyección.

Las luces se apagaron en la sala y un foco de cañón apuntó al escenario, bajo la enorme pantalla. Allí estaba Héctor Satrústegui, el director del festival. Éste se acercó a

un micrófono e hizo una extensa aproximación a la figura de Damián Alcázar, repasando algunos de sus innumerables títulos e insistiendo en lo merecido del homenaje que esa noche se le profesaba.

Después pasó a presentar *Sex Mex*, la película que a continuación se iba a proyectar. Añadió más leña al fuego, remarcando la exclusividad del acontecimiento y recordando a todos los presentes lo afortunados que eran.

Por fin el auditorio se quedó totalmente a oscuras y el estrecho haz de luz del proyector bañó la pantalla.

La primera imagen que el público vio contenía tan sólo el título, que parecía haber sido escrito sobre el negativo a mano directamente, rayándolo. La primera secuencia mostraba a una pareja en un restaurante, conversando sobre sus respectivas vidas sexuales. Esta escena se interrumpía bruscamente y daba paso a otra (filmada en blanco y negro) en la que otros personajes se fugaban de una prisión. Después, otro corte y ahora un cirujano preparando una operación de cambio de sexo.

Al principio, durante las primeras secuencias, el público se mantuvo expectante, a la espera de que las diferentes tramas se uniesen por fin para dar sentido a un argumento. Pero los minutos pasaban y nada de eso ocurría. La película no parecía tener el más mínimo sentido. El director se había limitado a empalmar las que él consideraba mejores secuencias de sus películas, sin ninguna otra intención, sin ningún otro objetivo.

A los quince minutos la gente empezó a murmurar y, poco más tarde, algunos espectadores abandonaban la sala sin entender nada.

Mientras tanto, Damián Alcázar roncaba en su butaca. Con el asunto de las cucarachas no había podido pegar ojo en toda la noche.

Un señor de Valladolid

La mayoría de la gente que conozco no puede hacerse idea de lo que es no tener dinero. Me refiero a no tener nada, a llevarse la mano al bolsillo y no encontrar veinte duros para coger el metro. Todo el mundo se queja de ir muy justo o de estar arruinado, cuando en realidad dispone de una cómoda reservita de medio millón, de un coche que vender, de un piso en propiedad o de alguna rentilla de la que nunca habla con nadie. Hipócritas. Lloran por llorar. La gente que tiene verdaderos problemas económicos no suele quejarse con tanta facilidad. Tiene demasiado miedo. Miedo de verdad.

Yo sé lo que es eso. Desde que me fui de casa de mis padres a los dieciséis, hasta los treinta y dos, he vivido en esa situación. Recuerdo que por entonces solía sentarme en un banco de la calle, veía pasar a gente y me preguntaba por qué todo el mundo, incluso los más idiotas, tenían dinero y yo no. Cuando veía una película no podía dejar de pensar en cómo se ganaba la vida cada uno de los personajes. Eso me desviaba mucho de los hilos argumentales y me perdía. Pagar el alquiler o la factura del teléfono era ya algo épico. Muy pocas veces dispuse de cincuenta mil pesetas para dejar en una cuenta corriente por si las moscas. A menudo me pregunto cómo coño pude vivir así durante tanto tiempo, aunque la verdad es que tampoco estaba tan mal. No guardo un mal recuerdo de aquellos años. Tenía muchos amigos (de los de verdad), bebía gratis en los ba-